

## CAPÍTULO I

### LA NOCHE ANTERIOR

Tres gravicópteros sembraron yoduro de plata durante la tarde.

Nubes de polvo brillante se desprendían del cuerpo panzudo de los aparatos, y parecían disolverse en la atmósfera, bajo la luz a la vez rojiza y azulada del sol compuesto.

Apenas estuvieron un par de horas dando vueltas sobre la extensa llanura donde los sucesos se desenvolverían al día siguiente, si las cosas estaban terminadas y a punto. Y, como pensaba la capataz Dikusar, más valía que todo estuviera en orden y que nada fallase, ya que el señor Delfosse, Gerard Delfosse, no perdonaba nunca. ¡Una excelente ocasión para desahogar sus instintos!

Contempló la capataz (una mujer no muy alta, gruesa, cubierta por un justillo de cuero de endokán, sin mangas, que dejaba al descubierto unos brazos semejantes a calabrotes) cómo los tres gravicópteros se alejaban en dirección al astropuerto, a muchas millas de distancia.

Suspiró al pensar en las jovencitas del “KOSPODIN”, que no solicitaban muchos créditos para aceptar sus un tanto brutales caricias. Después volvió el leonino rostro hacia la tropa mixta, hombres y mujeres, que parecía trabajar con desgana.

—¡Más garbo, hijos de mala madre, que parece que os hayan parido después de treinta meses de embarazo! ¿Qué haces tú ahí parado?

El trabajo se reanudó con cierta animación. Solo un par de hombres rezongaban, y uno de ellos acarició con placer el arma corta que llevaba al cinto. El resto del personal ya había tenido la dudosa satisfacción de trabajar con Alonia Dikusar como encargada de obras.

A lo lejos, un grupo levantaba con cierta velocidad un castillo rectangular, con muros blancos y una torre corta carente de almenas.

Una grúa articulada estaba colocando una gran puerta cuadrada, construida con duros tablones de artodendro re-

forzados con flejes y clavos de hierro. Se trataba del equipo Hougoumont.

Al otro extremo, otro grupo, denominado equipo Papelote, construía una granja pequeñita, constituida por dos o tres chozas con tejado de hierbas y muros de color ocre.

Y en el centro, donde se hallaba Alonia Dikusar, un tercer equipo se esforzaba en dar fin a una edificación en forma de U, con tres naves alargadas rodeadas por una tapia. Iba a buena marcha, gracias a la proximidad de la capataz y a su extraordinaria facilidad para jurar, insultar y ordenar en todos los idiomas conocidos en la Galaxia. Aquel grupo había sido denominado La Haye, para no llamarlo por su nombre completo, La Haye-Sainte, demasiado largo.

El hombre con el arma corta remoloneaba de nuevo, aprovechando que dos o tres tabicadoras, con las grandes planchas de moldeo movidas hábilmente por el conductor, estaban situando la estructura general de los edificios. Alonia Dikusar se acercó a él, le insultó con violencia y variedad, y terminó el espectáculo intentando darle una patada entre las piernas. El hombre retrocedió, evitando el golpe, y con un alarido de ira, trató de sacar el arma de acero azul que llevaba al costado.

Ni siquiera la mitad de ella logró salir de la funda. Resonó el seco silbido de la pistola sónica de la capataz, que parecía haber surgido mágicamente en su nudosa mano. El hombre dio un violento salto en el aire, convulsionándose, y cayó a tierra como un muñeco roto. Un trabajador anciano, con el cinturón lleno de herramientas variadas, se acercó y lo examinó con curiosidad.

—En plena frente, Alonia. No has perdido el tino.

Se volvió hacia los demás, que contemplaban el cadáver con expresiones que variaban desde la indiferencia a la sonrisa, pasando por el odio y el miedo.

—Fijaos que se lo dije... sí, señor. Se lo había advertido. Aunque salgamos fuera de la ciudad, no te metas con ella... es la mujer más rápida que existe. Alonia... ¿tampoco lo mandamos?

—No. Tampoco. Vístelo de inglés y déjalo ahí arriba, cerca de la cumbre de Mont Saint-Jean.

—Vosotros dos —dijo el anciano—. Tú, la rubia, y tú, el calvo, desnudadlo y quemad sus ropas en el incinerador.

—¿Por qué yo? —dijo la rubia, con mal tono.

—Porque te puedes quedar su arma y todo lo que lleve encima. ¿Te conviene?

—¡Claro que sí! Vamos, calvo; a medias los dos.

—Bueno... ¡bueno! —aulló la Dikusar, poniendo los brazos en jarras—. ¡Ya me he cargado a tres con este! Y si no se termina el trabajo antes de la noche, va a caer una docena más... De manera que, cuadrilla de piojosos, lesbianas, invertidos, hijos de padre desconocido... ¡a trabajar! ¿Qué pasa, qué quieres?

—Que ya está desnudo, jefa —dijo el calvo—. Pero no sabemos cuál es el uniforme inglés.

—Espera, animal.

La Dikusar miró una lista, mientras el trabajador anciano continuaba organizando la cuadrilla.

—Bueno... uno de esos rojos con galones blancos, pantalones grises y el gorro cilíndrico de color negro. No olvidéis el fusil, los correajes y la bayoneta. ¡Y un poco de arte! ¡A ver si parece un muerto en combate de verdad! Lo ponéis boca arriba, con el fusil al lado y el gorro junto a la cabeza, como si se le hubiera caído del disparo. Un brazo puede ir extendido, y el otro sobre el pecho.... ¡no sabéis hacer nada! ¡Andando ya, so bestias! ¡Y rápido, que se ponen duros en seguida!

La rubia y el calvo cargaron el cuerpo vestido de rojo y gris sobre una plataforma nulgrav y la encaminaron hacia la cima de la colina. Una vez allí se les vio discutir animadamente, colocando el cadáver de una forma u otra, sin que pareciesen quedar muy satisfechos. Encantada por esta dedicación, la capataz se sentó junto a una mesa baja, cubierta de planos y diagramas, y llamó con un gesto al trabajador anciano.

—Te has ganado un trago, Veintisiete. Tengo Samar frío, y algo que le llaman coñac en los bares, aunque yo creo que es aguarrás puro. ¿Qué prefieres?

—Un poco de aguarrás, Alonia. El Samar es muy fojo.

¡Ah, estupendo! Esto devuelve la vida... ¿Qué pasa?

—Que te he dicho que bebas, pero no que te sientes. Con que ponte de pie, y bien tieso.

—Como quieras. ¿Puedo tomar otro trago?

—Y la botella entera, si te da la gana. ¿Te queda mucha faena?

—No; nada. He terminado todos los contactos y las cargas. Lo demás lo están haciendo los muchachos del ordenador... ¡Míralos!

Un grupito corría de un lado a otro del campo, entre Hougoumont, Papelotte y la Haye-Sainte, colocando cosas en el suelo y cubriéndolas con puñados de tierra. Iban acompañados por varias plataformas de distintos tamaños, que flotaban silenciosamente en el aire, a medio metro del suelo.

Muy a lo lejos, justo donde un espeso bosque levantaba sus altos árboles de plumaje anaranjado hacia el cielo, otro pequeño grupo se afanaba junto a un pupitre dotado de varias pantallas.

—Una pregunta, Alonia, si no te importa.

La mujer bebió un trago del fuerte licor, y chasqueó los labios.

Dirigió una mirada a la llanura. El calvo y la rubia volvían. Tomó unos prismáticos, examinó la postura del cadáver, y lanzó un gruñido de complacencia.

—¿Qué quieres, Veintisiete?

—¿Cómo te atreves a no mandar los muertos a la Isla? ¡Sabes que te expones a un disgusto muy serio! Las órdenes son tajantes en ese aspecto. Yo te aprecio, y no quisiera que...

—Sí, yo te aprecio también, Veintisiete. Ya sabes que antes de cambiarme la libido, quiero decir, cuando aún me gustaban los hombres, a quien prefería meterme en la cama era a ti.

—Pues yo no he cambiado de libido, y si aún...

—Vale, vale. Me gustan más las tías. Están más tiernas y me van mejor. Si cambio otra vez te lo diré. Y en cuanto a eso, haz el favor de echarle una ojeada a esta orden. Y mira bien la firma.

—¡Es la del mismo señor Delfosse! Y dice... ¡Vaya; sí que tienes razón! Con esto no creo que te pase nada.

—Ya lo ves. Los muertos aquí, en plan decoración. Y si en la Isla de la Máquina se enfadan, que lo hagan con él, que para eso paga.

—¿Y tú, cuánto...?

—Cinco mil créditos por fiambre. De manera que ya me he ganado para una buena juerga, con esos tres. Y aún puede caer alguno más. Mira: van terminando. Justo a tiempo; casi anochece ya...

El cielo iba pasando de un verde pálido a un tono oscuro. En el horizonte, el gran sol rojo, junto al cual destellaba su minúsculo acompañante de un cegador azul, iba hundiéndose tras las escarpadas cimas de las montañas.

Su ancho disco cubierto de estrías negras tenía algo de aterrador, mostrando claramente que se trataba de un astro moribundo. Pero ninguno de los trabajadores se fijaba en ello; estaban acostumbrados al hecho de que el diminuto sol azul girase velozmente alrededor del gigante rojo, y que eso provocase variaciones de temperatura, así como que todo objeto proyectase dos cambiantes sombras sobre el suelo. Igualmente no les parecía extraño que el rápido crepúsculo mostrase el cielo cubierto por una cantidad incontable de estrellas, arracimadas y juntas, como no se veían desde ningún otro planeta del Imperio, hasta el punto que parecía imposible que no chocasen entre sí.

—Todo en orden —suspiró la capataz Dikusar—. Vamos a descansar. Ahí están los aerobuses. Todo terminado; ¡espero que el señor Delfosse sea verdaderamente generoso!

—Nunca se sabe —contestó Veintisiete, mientras se encaminaban hacia una de las moles grises que acababan de aterrizar—. Los Amos son muy suyos. ¡Mira, Alonia! Parece que los gravicópteros han trabajado bien. Está empezando a llover.

—Es lo que se esperaba, Veintisiete.

El viaje de regreso a la ciudad se desarrolló casi sin incidentes. Lo único que sucedió fue que una niña rubia de unos doce años, encargada de servir bebidas a los trabajadores, se sintió ofendida por el empujón que le dio una mujer alta, para recriminarle su poca rapidez en atenderla. La niña reaccionó con violencia y velocidad e introdujo un largo estilete en el estómago de la mujer.

Esta agonizó durante el resto del trayecto. Y Alonia Dikusar no pudo evitar un reproche, dirigido a la niña rubia:

—¡Podías haberlo hecho antes, maldita seas! ¡Hubiera conseguido cinco mil créditos más!



## CAPÍTULO II

### EL TRUENO DE BRONCE DE WATERLOO

Durante la noche, bajo la espesa lluvia, largas columnas de hombres uniformados, acompañadas y flanqueadas por furgones de intendencia, tiros de artillería y carromatos de municiones, fueron ocupando sus posiciones sobre la llanura de Waterloo. El suelo estaba embarrado y dificultaba el movimiento de las tropas. Los millones de estrellas que cubrían el cielo producían una luminosidad tan intensa que facilitaba a los batallones y las compañías situarse en los puestos que les estaban asignados. De vez en cuando, algún sargento encendía su linterna, tratando de leer mejor sus órdenes. Pero la bronca voz de uno de sus superiores le hacía extinguir esa luz innecesaria.

Llovía sin cesar. Los arzones y los avantrenes se atasaban en el barro; la pegajosa masa de tierra húmeda chupaba las botas de la infantería, de los granaderos y de los servicios de acompañamiento.

Siguiendo las instrucciones recibidas, todos los soldados habían envuelto la llave de sus fusiles Charleville o Baker (según de qué ejército se tratase) mediante los trapos que más a mano pudieron encontrar, para que la fina pólvora del cebo no se mojase.

A ambas laderas de Mont Saint-Jean se oían los oscuros rumores de los ejércitos que se movían, tratando de situarse en los lugares más estratégicos. Los soldados británicos fueron ocupando Hougomont, Papelotte y la Haye-Sainte, mientras las tropas francesas, caladas por la lluvia, se agazapaban en las vertientes de la colina, esperando que amaneciera. Las brigadas de artillería iban situando las piezas de a 12, las mayores existentes, en las mejores posiciones, adivinando al enemigo de guerrera roja que les esperaba más allá de Mont Saint-Jean.

Reforzada la línea británica por la ocupación de los tres puntos claves, las unidades de caballería pesada, comandadas por Lord Uxbridge y Ponsonby, tascaban los frenos de sus escamosos y verdes grifoideos, dejando que descansa-

ran mientras llegaba la mañana. En las manos de los jefes y oficiales palpitaban los relojes, marcando la hora del destino, la hora que se aproximaba: el amanecer.

Poco a poco una claridad grisácea se fue filtrando sobre la llanura, borrando el maravilloso espectáculo de los millones de blancos astros que parpadeaban sin cesar en la negra noche. Eran las seis de la mañana. Una carroza oscura, tirada por dos grifoideos cubiertos con pieles blancas y atalajes dorados, llegó lentamente hasta la retaguardia de las tropas francesas, donde esperaba la élite del ejército: la Vieja Guardia. Cuando el Emperador descendió del coche, los soldados lanzaron un solo grito que atronó el naciente amanecer:

*—Vive l'empereur!*

Hubo un silencio respetuoso cuando “él” se detuvo delante del vehículo, rodeado por su Estado Mayor, lleno de entorchados, galones, plumas y medallas. Como de costumbre, Napoleón vestía un redingote gris, bajo el cual se adivinaba su uniforme predilecto: el de Coronel de la Guardia Imperial, severo con su tono verde oscuro. Durante unos segundos alzó en el aire el característico bicornio, donde campeaba la escarapela tricolor. Y los gritos de júbilo resonaron de nuevo.

Después, el Emperador se dirigió a la mesa de campaña que habían preparado. Era un hombre muy alto, espigado, de rostro huesudo. La majestad y la arrogancia surgían de él como el agua de un manantial.

Se volvió hacia uno de los ayudantes.

—Llame usted a Wellington; hágame el favor.

—Al momento, Sire.

Tomó asiento el amo de Europa, y comenzó a examinar los planos que se hallaban situados sobre la mesa. El Mariscal Jefe de Operaciones le aclaró algunos puntos, a los cuales asintió el Emperador gravemente, manifestando su comprensión. El sol iluminaba ya toda la llanura, subrayando la situación de las tropas sobre el embarrado campo de batalla, con los uniformes de mil colores que destacaban bajo los nacientes rayos.

Se acercó un hombre no muy alto, vestido con una larga chaqueta oscura, pantalones grises con trabilla, y cubierto por un bicornio negro, sin el plumero blanco con que se le representaba normalmente.

Después de minuciosos estudios se había llegado a la conclusión de que Sir Arthur Wellesley, Duque de Welling-



ton, no había llevado uniforme alguno durante la batalla, sino que iba prácticamente vestido de civil. No sucedía así con los jefes que le acompañaban: un mayor general y un teniente general. Vestían casaca roja con galones dorados, cuatro para el primero y seis para el segundo. Los pantalones de ambos eran blancos, y de cuero negro las botas de alta caña.

–Siéntese, Sir Arthur –dijo el Emperador.

El “Duque de Hierro” le obedeció, sin decir una sola palabra. Su rostro ancho y grueso era adusto y feroz. Parecía claro que, de haber sido posible, habría atacado a Su Majestad Napoleón I en ese mismo instante. Volvió la mirada hacia atrás. Un edecán tenía por la rienda a su grifoide “Copenhague”, que pastaba tranquilamente la hierba azul, mientras los rayos del sol, atravesando las últimas gotas de lluvia, relumbraban sobre sus duras escamas verdes.

No he recibido respuesta alguna, Sir Arthur –dijo el Emperador– ¿Me habré equivocado al elegirle?

Hubo un visible esfuerzo en la expresión del Duque de Wellington. –No... Sire –respondió, con desgana–. De ninguna manera, Sire.

–Mejor que sea así, señor Duque. Concretemos esto. Hay recompensas para todos, tanto para el ganado, como para los administrativos. Y para usted. Le elegí por haber sido militar de carrera... antes. Ya se lo he dicho, y lo cumpliré. La libertad absoluta, regreso garantizado a su planeta de origen y doce kilos de oro puro. ¿Aún me sigue odiando?

No hubo más que silencio por parte de Sir Arthur.

–Sí; ya veo que sí –dijo el Emperador–. Es una lástima y una suerte. Ambas cosas a la vez. Una lástima si ese odio estropea el día de hoy; no se lo perdonaré. Una suerte si sirve para que haga luchar a sus hombres con denuedo. Bien; ya está todo dicho. Vaya a sus líneas y espere el momento. A las once treinta atacaré, como usted sabe.

Wellington se puso en pie.

–Esto debe costarle una fortuna.

El Mariscal Ney se adelantó, mirándole con gesto hosco.

–Su Majestad tiene tratamiento de Sire.

–*Ah, le brave des braves!* –dijo Napoleón–. No te preocupes por ese detalle, amigo mío. Temo haberme equivocado, pero es tarde. Sí, Sir Arthur; me cuesta una fortuna. Pero no es su problema; ¡váyase!

Permaneció quieto, silencioso, mientras el general británico subía a su grifoide y le espoleaba hacia las líneas que se extendían más allá de la colina. Las tropas francesas, que tomaban un succulento y abundante desayuno, servido por Intendencia, le vieron pasar sin decir una palabra. Era mejor comer los bocadillos de carne de cordero mutante o los fiambres de pescado cimeriano, o beber buenos tragos de sucedáneo de ron que perder el tiempo increpando al enemigo. Muchos de ellos se revolvían inquietos en sus húmedos uniformes de lana azul; otros sonreían con fiereza, poniendo y quitando las bayonetas triangulares; algún porta águila, con la bandera tricolor bordada en oro entre los brazos, miraba a lo lejos, sobre los pabellones de fusiles puestos en fila. Los oficiales paseaban entre los grupos de soldados; junto a los cañones Gribeauval, los artilleros, con su uniforme azul oscuro ribeteado de rojo, apilaban las granadas y los botes de metralla. Todo estaba preparado; el tiempo latía en los relojes, y la mañana de acero de Waterloo esperaba su principio. Poco a poco, el terreno iba secándose.

—Sire... —dijo Soult—. Os deseo la mayor de las victorias. Pero estoy preocupado. Las tropas aliadas nos superan en número.

El Emperador le dirigió una de esas furiosas miradas que nadie era capaz de soportar. Contempló durante unos segundos el rostro de los demás miembros del Estado Mayor. En casi todos se hallaba reflejada una similar preocupación. Los encuentros de Quatre-Bras y Ligny habían agotado al ejército; la huida del prusiano Blücher era también motivo de inquietudes. Constituía un sector importante de los aliados, y a pesar de que el Emperador había mandado en su persecución al Mariscal Grouchy, buena parte del resultado de la batalla dependía de cuál de los dos llegase primero a reforzar a los contendientes.

Varios mensajeros habían sido enviados para que Grouchy retornase a la llanura de Waterloo. Hasta ahora, sin resultado alguno. Una súbita explosión de cólera de Napoleón I sobresaltó a los oficiales.

—¡Os digo que Wellington es un mal general, que los ingleses son malos soldados y que la batalla será una merienda campestre! ¡Son casi las once! ¡Cursad las órdenes! Quiero a la artillería haciendo fuego a las once treinta. Mi hermano Jerónimo debe avanzar al mismo tiempo.

Pareció como si no hubieran transcurrido más que unos pocos minutos. De pronto, a la hora exacta, la línea de cañones franceses abrió fuego con un estruendo tal que sacudió la tierra. Las líneas de la 2ª división de Reille, una tras otra, avanzaron y se estrellaron contra los blancos muros de Hougoumont. Poco a poco la humareda de la pólvora negra fue invadiendo el campo de batalla. Las balas de hierro rebotaban dos o tres veces en el suelo antes de segar los cuerpos de los soldados británicos. Al mismo tiempo la división de Jerónimo Bonaparte avanzó también hacia Hougoumont. Una encarnizada lucha se desarrolló ante las puertas del castillo; entre aullidos salvajes, la columna francesa logró atravesar una de las entradas, que había quedado abierta. Pero el coronel Macdonnel, al frente de unos cuantos hombres, logró rechazarlos. Los granaderos franceses retrocedieron, abandonando numerosos muertos y heridos. El suelo quedó sembrado de cuerpos inertes, sables, fusiles, charolados chacós con el águila de latón, y también con las tchapkas rojas y doradas de la caballería polaca. Algunos de los cuerpos mostraban en la nuca un rectángulo dorado de tres por dos centímetros, que parecía sólidamente anclado en la carne.

El Emperador observaba ávidamente, a través de su catalejo.

—Ese inglés tiene que reforzar Hougoumont; si no, lo perderá. Y cuando lo haga, habrá debilitado su centro. Entonces, la caballería de Ney partirá en dos al ejército aliado, y todo terminará en unos minutos. Os lo he dicho: ¡una merienda campestre!

Pero no fue así. Wellington no cayó en la trampa. No envió ni un solo hombre de refuerzo y dejó que las cuatro compañías que defendían el castillo aguantasen el continuo aluvión de metralla. Al mismo tiempo, hizo que el grueso de su ejército retrocediese un poco, cobijándose tras el terraplén de Mont Saint-Jean. Las balas francesas dejaron de alcanzarles.

Dos horas más tarde las posiciones continuaban invariables. Los cuerpos ensangrentados se amontonaban ante los muros del castillo, que ardía furiosamente, lanzando rojas llamaradas por ventanas y techo. El Emperador, enfurecido, dio otra orden. Una línea de cañones franceses abrió fuego nuevamente; la división de Drouet de Erlon, compuesta por

dieciocho mil hombres, avanzó, con las bayonetas relumbrando bajo el deslumbrante sol azul. Batían ininterrumpidamente los tambores, ordenando la carga. La infantería francesa, con sus uniformes azules y blancos, trepó por la ladera, ascendiendo trabajosamente, mientras los cañones británicos, disparando a quemarropa granadas y botes de metralla, abrían espantosos surcos de carne desgarrada. Pero la carga no se detuvo. Papelotte cayó, lo mismo que la Haye Sainte, donde los coraceros franceses aplastaron en unos segundos al batallón Landwehr.

El desorden comenzó a cundir entre las tropas inglesas; una unidad belga, desmoralizada, rompió las filas...

Pudo verse a Wellington dar una orden con un gesto seco. La brecha fue cubierta por la brigada de Picton; la caballería pesada se lanzó sobre los franceses. Al principio solamente fue la Household Cavalry; pero después le siguió la Unión Brigade. Wellington manoteaba con furia: ¡el no había enviado esa última unidad! Fue inútil que se mandasen mensajeros tratando de detener la carga. Sin hacer caso del General en Jefe, el primero, segundo y sexto de Dragones del Rey se lanzaron a la refriega. Entre humo, chillidos estridentes de los grifoideos, y alaridos de los oficiales, cayeron sobre las tropas francesas, deshicieron las divisiones de Marcognet y Doncelot, que perdieron su impecable formación, y dejando por doquier cuerpos destrozados, atalajes, sables, armas y monturas cuyas verdes escamas se cubrían de sangre, continuaron su carrera. Borrachos de furia entraron entre las baterías francesas; allí perdieron su empuje.

Rodeados por todas partes, en un desorden completo, se escuchó por última vez el grito

*—Scotland forever!*

Los Dragones de Inniskilling, los Scots Grey y los Gordon Highlander del 92° regimiento fueron aniquilados hasta el último. Mediodía. El infierno de Hougomont continuaba resistiendo. Los dos jefes de las masas guerreras se avizoraban el uno al otro, y en sus manos latían los relojes, contando el tiempo que transcurría despiadadamente. Las miradas de ambos se dirigían sin cesar hacia el Nordeste. ¿Llegarían los prusianos de Blücher? ¿O serían los treinta mil hombres de Grouchy?

Una momentánea calma pareció extenderse sobre el llameante campo de batalla. Los tres cadáveres abandonados

por la capataz Alonia Dikusar, al ridículo precio de unos miles de créditos, se perdían ahora entre centenares de cuerpos uniformados, charcos de sangre, cureñas destrozadas y cañones volcados.

Hacia la retaguardia de ambos ejércitos iban desplazándose lentas columnas de heridos. A mil quinientos metros de la tierra de nadie, hileras de ambulancias modernísimas, dotadas de los más sofisticados medios, acogían esas doloridas procesiones. Bajo la luz de focos halógenos, que competían con el sol azul, se llevaron a cabo centenares de apresurados tratamientos. Mujeres y hombres (pues no había distinción de sexos en los ejércitos francés y angloholandés) eran curados, si ello era posible. Tan pronto como el personal sanitario humano separaba los heridos en leves y graves, los segundos eran introducidos por la abertura posterior de las ambulancias (una boca de acero inoxidable y plástico escarlata) y absorbidos por esas piadosas fauces hacia la compleja maquinaria que constituía el interior de las mismas. Por término medio, un herido no permanecía más allá de quince minutos en ese misterioso interior. Surgía después vendado y sedado sobre camillas robots que le transportaban a los enormes gravibuses situados mucho más atrás. Si la Unidad de Campaña Mecanizada consideraba que no había salvación, era aplicada una eutanasia indolora y el cuerpo era recogido por unas planchas de color gris que lo envolvían en vendas, dejando únicamente la cabeza al descubierto, como un pálido y exangüe recuerdo de la muerte. Después, esas fúnebres parihuelas emprendían un lento vuelo hacia un lugar desconocido, perdiéndose tras el horizonte.

Uno de los sanitarios humanos, que ostentaba en su nuca la chapa dorada, permaneció unos segundos mirando con ira la lúgubre procesión.

–¡Buena cosecha para la Isla de la Máquina! –dijo.

–Continúa tu trabajo, escoria –dijo un hombre musculoso, vestido de negro–, o les acompañarás pronto...

Los cuerpos demasiado destrozados eran despedazados por otros vehículos especiales en vísceras sueltas. Los vomitorios de salida, situados a los lados de esos blancos carricoches, expelían esas vísceras, miembros y órganos, limpiamente empaquetados y refrigerados, listos para su uso. Plataformas nulgravs de color ceniza, con las características torres de discos en uno de los lados, recogían esas monta-

ñas de paquetes y partían con ellos en la misma dirección desconocida. Los misteriosos análisis efectuados dentro de las ambulancias hacían que ciertos cuerpos no fueran seccionados, sino que fueran remitidos enteros, bien envueltos en plástico, hacia ese ignorado destino.

En el campo de batalla corrían sin cesar los minutos. Se libraban escaramuzas parciales, pero en general continuaba reinando la calma que precede a las más enormes tempestades.

El mariscal Soult se acercó al Emperador.

—Tenía razón Wellington, Gerard. Esto te costará una verdadera fortuna. Y eso que has usado un coeficiente del diez por ciento. ¿No es así?

—Señor duque de Dalmacia —dijo el Emperador—, me permito recordarle mi tratamiento, y el lugar en que nos encontramos. Sí; un hombre por cada diez. ¿De acuerdo?

El mariscal carraspeó, levemente irritado. ¡Su Majestad llevaba las cosas hasta un extremo que parecía intolerable! Solamente la amistad entre ambos, que databa de muchos años atrás, hizo que respondiese con respeto.

—De acuerdo, Sire. ¿Transmito la orden a Ney? El Emperador consultó su reloj de oro. Asintió, contemplando al mariscal con algo más de amabilidad; no en vano era un buen amigo, compinche y cómplice en todas las maldades imaginables.

—Claro que sí. Vamos, Anatol; no te enfades. De sobra sabes que soy un perfeccionista. Pronto llegarán los Días Rojos, y haremos algo aún más grande que esto.

Se presentó un capitán, pálido y tembloroso, con los cabellos empapados de sudor pegados a la frente.

—Llevará usted esta orden al Mariscal Ney —dijo el Emperador—. Por cierto, ¿cómo es usted solamente capitán? A su edad debería tener un grado mucho más alto.

—No he tenido suerte ni ocasión, Sire. Solo he ascendido por antigüedad; no por méritos.

Su Majestad le miró severamente.

—¡Hay que hacerse matar! —dijo.

Lentamente, el frescor de la mañana iba cediendo ante los emergentes calores de la tarde. El sol rojo y el sol azul relumbraban vigorosamente, lanzando sus rayos cruzados sobre los escuadrones de caballería que, a lomos de los grandes y anchos animales verdes, cargaban sobre la lade-

ra de Mont Saint-Jean. Al coronar la cima, les sobrecogió un espectáculo alucinante: cuadro tras cuadro de infantería británica, con una primera línea de hombres de rodillas, y otras detrás de pie, los fusiles en las manos, las bayonetas caladas espejeantes bajo el luminar celeste, les esperaban. Dentro de uno de esos cuadros, Lord Wellington, sobre su alazán “Copenhague” daba órdenes. Una y otra vez la caballería de Ney se estrelló contra las afiladas bayonetas británicas. Cuando retrocedía, los artilleros salían del interior de los cuadros, humedecían, cargaban y disparaban sus cañones, causando estragos en las hileras de húsares y dragones, y cuando estos atacaban de nuevo, se retiraban tras las bayonetas.

Eran las diecisiete horas pasadas. El mariscal Ney se dio cuenta de que nada podía hacer sin apoyo. Llamó a uno de sus edecanes, y mientras reagrupaba de nuevo los desordenados escuadrones de caballería, garrapateó unas líneas dirigidas al Emperador, pidiéndole urgentemente toda la infantería que pudiese mandar. El edecán clavó sus espuelas electrónicas en el grifoideo, y salió al galope hacia el cuartel general.

En su puesto de mando, Napoleón avizoraba nerviosamente los bosques del Nordeste. Nada se veía allí; ni Blücher, ni Grouchy; ni prusianos, ni franceses. La suerte permanecía indecisa.

Acampados junto a sus aparatos, bajo los primeros árboles plumosos, los muchachos de la Central Informática gobernaban sabiamente el ritmo de las explosiones, los efectos sonoros y los visuales, reforzando aquellas zonas en que la casualidad o el desorden hacían que no hubiera suficiente ruido o bastantes estallidos. No eran más que cinco, de los cuales dos, los más viejos, llevaban el chip dorado en la nuca. Estos aparecían serios y malhumorados, mientras los otros tres, mucho más jóvenes, comían, bebían y se lo pasaban en grande. No por ello abandonaban su tarea, en la que ponían la máxima dedicación posible.

En cierto momento, uno de los hombres más viejos hizo un comentario desagradable sobre la matanza y sobre el salvajismo que eso representaba. Uno de los jóvenes le contestó de forma insultante, llevando la mano al costado, donde se hallaba una pistola térmica en una funda de cuero negro. Durante unos segundos, todos descuidaron los terminales

electrónicos. El hombre del chip dorado dudó, sin acercar la mano a su arma.

El joven le increpó.

—Estás deseando volver a Tefy, para no tener necesidad de defenderte con ella, ¿verdad, cobarde?

El otro gruñó algo y volvió a su trabajo. La tensión se relajó.

—Mejor así, Oskar —dijo uno de los jóvenes—. Si perdemos el control y estropeamos el espectáculo, el Amo Delfosse se acuerda de nosotros.

—¡Hubiéramos bastado los cuatro! Y no seas estúpido; el Amo Delfosse no puede hacernos nada.

—Fuera, sí. Y no olvides que se acerca el Día Rojo. El joven bravucón se puso pálido.

—Eso es verdad.

Continuaron controlando los efectos decorativos de la batalla, al par que filmaban en vídeo, en virtud de doscientas veinte cámaras fijas instaladas en los mejores lugares, y otras cincuenta voladoras, el desenvolvimiento de la misma. También regulaban, mediante órdenes transmitidas a los grandes chips cervicales, el comportamiento de determinadas unidades, si bien esto se llevaba a cabo a través de una consola separada que gobernaba uno de los jóvenes.

En su puesto de mando, Su Majestad enfocó de nuevo el catalejo, y tuvo un movimiento de sorpresa que no pasó desapercibido para su Estado Mayor. Poco a poco, había ido surgiendo una lejana masa oscura que iba agrupándose bajo los árboles, compuesta por un hormiguelo de hombres uniformados cuya nacionalidad era imposible distinguir. En ese momento, el Emperador recibió la petición del Mariscal Ney.

—¡Infantería! —dijo— ¡Imposible! Solo me queda la Guardia, y no voy a arriesgarla en...

El Mariscal Soult le contempló, sin decir nada. Y Napoleón I, Emperador de los franceses, meditó durante unos segundos. A lo lejos, el bravo Ney lanzaba otra carga contra los extenuados británicos. La legión Alemana del Rey fue destrozada, y se vio obligada a abandonar la Haye Sainte en manos francesas; algunos cuadros británicos comenzaron a flaquear; el centro aliado quedó expuesto al fuego de cañón y a la mosquetería francesa. Durante esos segundos, el destino de la batalla estuvo en el fiel de la balanza. Hasta que el Emperador tomó una decisión:



—Debo hacerlo; no queda otro remedio. La Guardia Media y la Guardia Joven seguirán a Ney; la Vieja Guardia se desplazará hacia el Nordeste, hacia los bosques. ¡Ese Grouchy! ¿Dónde estará? Si son los prusianos necesito impedir que se unan a Wellington.

Y con un sonido de bronce, los platillos de la balanza cayeron a un lado. No faltaba una sonrisa en el rostro de Soutl, que sabía muy bien cuánto se estaba divirtiendo su amigo al rectificar la decisión equivocada del Emperador unos siglos antes, cuando se negó a mandar infantería en ayuda de Ney.

Eran las seis de la tarde. La Guardia, con sus uniformes azules de hombreras rojas y correajes blancos, secundaba la enésima carga de caballería. Enfrentados con los agotados cuadros británicos, lucharon cuerpo a cuerpo, bayoneta con bayoneta. La línea aliada en pleno empezó a ceder. Y a lo lejos, las tropas que surgían de los bosques del Nordeste comenzaban a agruparse formando batallones y compañías.

Pronto constituyeron una amplia línea que avanzaba hacia el flanco izquierdo del ejército británico. Los regimientos de Hannover abrieron fuego sobre esas tropas que se acercaban. Napoleón enfocó de nuevo su catalejo, y lanzó un suspiro de alivio.

—¡En fin Grouchy! —dijo.

El timorato mariscal francés había meditado en la noche titánica de Walheim, mientras escuchaba a lo lejos el tronar de los cañones. Y contra todo lo esperado, desobedeciendo francamente las órdenes del Emperador, había dado media vuelta y había llegado con sus tres mil hombres y mujeres (equivalentes a treinta mil hombres de la verdadera batalla de tantos siglos atrás) antes que los prusianos.

El ejército aliado, barrido, atacado en dos frentes, con los cuadros deshechos por la infantería francesa, ametrallado de flanco por las agotadas tropas de Grouchy, se deshacía en espumarajos de angustia, miedo y terror. El sol de Austerlitz brillaba de nuevo sobre las tropas del Emperador, y esta vez el nombre de la victoria era Waterloo. La avalancha de miedo y derrota arrastraba las tropas austriacas, belgas, holandesas y británicas, que corrían en todas direcciones, abandonando armas, bagajes, provisiones y munición. La caballería francesa corría a sus anchas entre aquellas masas que ya no eran un ejército, golpeando sin cesar con los pesados sables.

Se alzaron varias banderas blancas entre las desmoralizadas y derrotadas tropas. Lord Wellington, llevando una de ellas, y seguido por varios oficiales de su Estado Mayor, cabalgó lentamente hacia el Emperador. Este le aguardaba, de pie junto a un cañón nuevo y brillante, que no había disparado un solo tiro.

–Nos rendimos –dijo el general inglés–. Por favor, Sire, dad a vuestros soldados orden de que haya cuartel. Cesemos esta matanza inútil.

–Pienso que ninguna matanza es inútil –contestó el Emperador–. Pero hay parte de razón en eso... cada persona más que muere me cuesta mucho dinero. Den altavoces portátiles a los oficiales de Sir Arthur Wellesley, y que vayan por ahí anunciando el fin de las hostilidades. Vale con esto; si el verdadero Napoleón hubiera cedido la Guardia a las seis de la tarde para atacar los cuadros británicos, hubiera ganado la batalla... ¡aunque ese inepto de Grouchy no hubiera llegado!

El fuego de fusilería fue cesando. Los altavoces retumbaban en varios idiomas, anunciando el cese del fuego. Las blancas y esmaltadas ambulancias entraron en el campo de batalla, recogiendo a docenas los heridos más graves. Otros vehículos nuevos, blancos y verdes, de un tamaño muy superior, y que flotaban sobre cojines de antigravedad, acogían dentro de sí los cuerpos de los muertos.

–¿Se te puede hablar ya como siempre? –preguntó el Mariscal Sout.

–Claro que sí, Anatol. Esto se ha terminado. Me he sacado la espina; quería ver qué pasaba.

–¿Cumplirá usted su palabra? –preguntó el general inglés–. Me ofreció la libertad y doce kilos de oro. ¿Cuándo...?

–¡Ahora mismo! –gritó Napoleón, dando fuego a la mecha del cañón que había a su lado. El general inglés le miró sin comprender; luego se dio cuenta de que la negra boca de la pieza de artillería apuntaba hacia él. Lanzó un grito de terror; quiso huir. Pero era tarde. Un monstruoso estampido resonó; una nube de humo ácido le envolvió.

Cuando esta se disipó, el grupo de oficiales franceses contempló el cuerpo destrozado de Wellington, perforado por mil heridas. Algunos sonrieron, muy satisfechos por la habilidad de su jefe. Anatole Ivanovich Kalmenev, aun con su

uniforme de Mariscal Soult, hizo un gesto de interrogación dirigido a su amigo, el financiero Gerard Delfosse.

–Bueno –dijo el Emperador–. Tú sabes que estas cosas las hago con estilo, con elegancia, con clase. Primero: si estamos aquí, es para no cumplir la palabra dada, ni promesa alguna. ¡Eso faltaba! Y segundo: realmente la he cumplido. Le he dado la libertad... ya que en un mundo terrible y cruel como este, ¿qué otra cosa es la muerte?

–Un poco rebuscado, Gerard. Pero puede pasar. Dijiste también que lo mandarías a su planeta...

El Emperador miró torvamente hacia el horizonte, donde iban desapareciendo las procesiones de cadáveres y los vehículos blancos y verdes. Un chispazo de odio brilló en sus ojos fríos, de un acerado gris. Se quitó el sombrero; sus cabellos rubios estaban apelmazados por el sudor.

–Lo cumpliré, lo cumpliré. ¡Maldito cacharro!

Una de las parihuelas grises se acercó al cuerpo del Duque de Wellington. Tenía dos pilas de discos en uno de los extremos y un gran cilindro horizontal en el otro. De este surgieron unos brazos cromados que envolvieron el destrozado cadáver en vendajes blancos. El rostro hinchado quedó al descubierto. Dos grandes pinzas colocaron el cuerpo sobre la plataforma. Hubo un clic metálico. Varias bandas de energía fosforescente lo fijaron de forma que no pudiera caer. Después, con un ligero rumor de maquinaria, la plataforma levantó el vuelo.

El Amo Delfosse la siguió con la vista, malhumorado.

–Ahora hablaré con el doctor. Pediré que lo incineren, cuando acaben con él. Y repartiré las cenizas en la estratosfera de su mundo de origen. Dije que lo devolvería a él; no dije que lo haría vivo.

–Bueno –contestó Kalmenev–. Un poco más burdo, pero te lo admito. Sin embargo, lo que no podrás cumplir es lo de darle los doce kilos de oro. No importa mucho, pero ¡ahí sí que te he cogido, Gerard!

Con una expresión ávida, los demás componentes del Estado Mayor, que ya habían comenzado a quitarse sus uniformes y ornamentos, se inclinaron hacia el señor Delfosse. Este tardó unos segundos en contestar, dejándolos en tensión.

Les miró, y en sus labios había una sonrisa cruel.

–¿Y de qué crees que estaba hecha la metralla del cañón?

Anatole Kalmenev le contempló admirativamente. Después, tomó con la mano su bicornio galoneado y se descubrió, haciendo una ligera reverencia. Sabía reconocer los méritos de un maestro.